

La Iglesia Es Tentada Por Satanás

Martín Lutero

Sermón para el Domingo de Invocavit

Fecha: 18 de febrero de 1537

Texto: Mateo 4: 1-11. *Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo. Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. Y vino a él el tentador, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan. Él respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y, en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra. Jesús le dijo: Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios. Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares. Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás. El diablo entonces le dejó; y he aquí vinieron ángeles y le servían.*

Introducción: Lo que se tratará en este sermón no es el ayunar de Cristo.

Este Evangelio es leído hoy a causa del ayuno cuadregesimal que se suele observar. Sin embargo, aquí no se trata de ese ayuno de propia elección, que en nuestro medio era realmente un ayuno bastante ridículo, ya que no estaba motivado por ninguna necesidad, ninguna tentación en particular, ningún mandato de Dios, y en cambio, estaba ligado estrechamente con una falsa confianza en la validez de nuestros propios actos de penitencia, y con un distanciamiento farisaico frente a otras personas, etcétera. Antes bien, aquí se trata de un ayuno que nos es impuesto como una necesidad. A este respecto escribe el apóstol Pablo (en 2ª Corintios 6:4, 5): "Nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos, etcétera"; y Cristo a su vez interpreta tal ayuno como un "tener luto" al decir en cierta oportunidad (Mateo 9:14, 15): "¿Acaso pueden los que están de bodas tener luto entre tanto que el esposo está con ellos? Pero vendrán días en que el esposo les será quitado, y entonces ayunarán". Cristo ayuna estando en el desierto —forzosamente, porque allí no hay nada que le pudiera servir de comida. Pero este paraje solitario no se lo eligió él mismo, ni tampoco fue al desierto por obedecer a alguna regla monástica, sino que fue el Espíritu Santo en persona el que le condujo a aquel lugar.

Tema del Evangelio y del sermón son las tentaciones de Cristo y de la iglesia.

No hay, pues, ninguna necesidad de usar este texto para un sermón sobre el ayuno. Lo que sí es necesario es usarlo para hablar de las tres tentaciones que Cristo rechazó con la palabra de Dios en bien nuestro para que también nosotros las rechacemos de igual manera. No nos referiremos sin embargo a las tentaciones a que están expuestos los cristianos individuales, sino a las tentaciones de la iglesia misma que se describen aquí con las características que les son propias.

1. La tentación de la iglesia por parte del diablo "tenebroso". Las hostigaciones exteriores inducen a la iglesia a apartarse de la palabra de Dios.

En el comienzo, la iglesia fue atormentada por el diablo en forma humana por medio del "ayuno", es decir, por medio de persecuciones y toda clase de vejámenes físicos que le infligieron tanto los judíos como los gentiles. En esta persecución primera, el diablo no esgrime contra la iglesia ninguna palabra de Dios. Solamente la lleva a una situación en que se ve apremiada por necesidades inmediatas, y donde el único medio para mejorar su suerte parece ser la apostasía. Con esta intención, el diablo le dice a Cristo, que sentía hambre después de 40 días de ayuno: "Di que estas piedras se conviertan en pan". (Éste es el diablo que sometió a tentaciones físicas a casi cada cristiano en particular, y luego también a toda la santa cristiandad en general, con hambre, sed y toda suerte de males, con aflicciones, miedo y penurias. Y con este ataque, el diablo obtuvo un éxito bastante amplio. Pues muchos cristianos, al verse hostigados a causa de su fe, y puestos ante la alternativa de apostatar de ella o de sufrir el martirio, dieron pasos atrás, renegando de su bautismo y de su fe. No obstante hubo también muchos que permanecieron firmes: antes que apostatar de su fe, prefirieron correr todos los riesgos y padecer todas las torturas, de modo que esta primera era de la cristiandad se llama con justa razón la "era de los santos mártires", ya que fueron muertos a millares con indecible crueldad.

La iglesia se defiende contra esta tentación aferrándose a la palabra divina.

El medio, empero, con que los santos mártires se defendieron contra los tiranos nos lo muestra nuestro texto, donde Cristo le responde a Satanás: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". De esta respuesta se puede desprender que el ataque del diablo estuvo dirigido contra la vida misma de Cristo primero y de la iglesia cristiana después. No obstante, ellos no se empeñaron en conservar esta vida pasajera del presente. Antes bien, hicieron frente al diablo y a su séquito. Se opusieron a su tiranía, y dieron a entender con toda claridad que les importaba mucho más conservar la preciosísima palabra de Dios que conservar la vida temporal aquí en la tierra. Esta palabra no la querían perder y no querían renegar de ella por nada en el mundo. Tras largos años de sufrimientos, esta tentación desapareció; ello ocurrió cuando Constantino, después de su victoria sobre Licinio, prohibió las persecuciones contra la iglesia cristiana.

2. La tentación de la iglesia por parte del diablo "luminoso". La doctrina falsa seduce a la iglesia a apostatar de la fe.

Mas a la tentación física se agrega ahora la tentación espiritual: el diablo se presenta en forma de ángel y hace como si concordara plenamente con la palabra divina, pues cita las Escrituras para engañar a los cristianos. El que así habla, no es aquel diablo tenebroso, sino el diablo luminoso de los herejes. Éstos, en verdad, se habían dedicado ya antes a mancillar a la iglesia por medio del pobre Ebión, de Marción y otros. Pero ahora obtienen el gobierno de la iglesia el heresiarca Arrio y hombres semejantes. Al principio se intentó reprimirlos. Pero gracias al apoyo que les prestó Constantino, el hijo de Constantino, alcanzaron tal predominio que en toda la iglesia oriental apenas dos obispos permanecieron firmes en la doctrina verdadera. Finalmente, Mahoma y su secta hicieron suyos los errores de esta herejía ", convirtiendo a Cristo en un ser comprensible para la razón humana, y constituyéndose así en una horrenda amenaza para el cristianismo hasta nuestros días.

El pensamiento del diablo en este caso fue el siguiente: "Por muchos que sean los cristianos que a causa de las persecuciones reniegan de su fe, sin embargo, con esto mis planes no prosperan. La iglesia sigue creciendo. Tomaré pues por otro camino. Vosotros los cristianos lo sufrís todo por amor a la palabra. Muy bien, aquí está la palabra, escrita y todo: "A sus ángeles mandará acerca de ti", y "En sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra" (Salmo 91:11, 12). Yo no soy un diablo como aquel anterior; yo os llevo no a un lugar profano, sino a la santa ciudad, y al pináculo del templo"— al pináculo del templo sí, pero no al templo mismo. Y en este punto, el falsario e impostor omite las palabras: "que te guarden en todos tus caminos", es decir, en los caminos de tu vocación a la que Dios te ha llamado. El diablo quiere llevarnos a un modo de pensar que en apariencia concuerda con la palabra divina, pero que en realidad es opuesto a lo que esta palabra dice en verdad; quiere enseñarnos a "tentar a Dios", como lo expresa nuestro texto. Pues el volar por los aires, y el echarse a tierra desde el pináculo del templo, son caminos para palomas y gorriones, no para seres humanos.

La iglesia se defiende contra esta tentación examinando cuidadosamente la doctrina.

(Para defenderse contra esta tentación sutil de Satanás se necesita un arte que nuestra carne y sangre no domina, pues es el arte del Espíritu Santo: hay que examinar la palabra de Dios certera y adecuadamente, y ver si el que la emplea, la emplea en forma correcta o incorrecta. Pues también el diablo es ducho en el arte de hacer hablar a las Escrituras en favor suyo, y lo demuestra ante el Maestro supremo, ante Cristo en persona. Por esto, no te dejes aplastar tan rápidamente por el miedo si los espíritus facciosos y los herejes se te lanzan encima vociferando: "Aquí está la Escritura, aquí está la palabra de Dios, etcétera"; antes bien, enfrenta a la Escritura con la Escritura, como lo hace Cristo al ser tentado por Satanás. Pues precisamente los herejes, los más encarnizados enemigos de la palabra y sus más tenaces perseguidores, hacen como si quisieran ayudar a impulsar su propagación y protegerla. A éstos, cuando recurren a las Escrituras y tratan de corroborar y exornar con ellas sus mentiras, hay que responderles: "No, señor; no me basta con que me digas que tienes la palabra de Dios a tu favor; porque es preciso también que no tentemos al Señor nuestro Dios. Y aunque fuese en realidad la palabra de Dios lo que tú aduces en tu apoyo, habría que ver también si no le quitaste o agregaste algo. Por esto, demuéstranos ante todo si lo que opinas tú concuerda con lo que quiere decir el Espíritu Santo, y

si aplicas la palabra divina en forma válida. Por cierto, nuestro Señor no se enojará conmigo si yo me rehúso a aceptar su palabra sin más ni más tal como tú la citas e interpretas; pues si bien el diablo y todos los herejes usan la palabra con gran frecuencia, no obstante la usan incorrectamente.

Esto en cuanto al segundo período cuando Satanás, disfrazado de ángel de luz, atacó a la cristiandad mediante diversas herejías, turbando y confundiendo bárbaramente a las pobres conciencias — lo cual, por otra parte, no ha de extrañarnos. Pues: ¿cómo habría de defenderse el hombre sencillo, que posee una instrucción sólo superficial en cosas referentes a la palabra de Dios, si oye expresiones tan elevadas como "palabra de Dios", "nombre de Dios", "honor de Dios", etcétera? En este caso, Dios tiene que prestarnos su ayuda especial por medio de predicadores piadosos y conscientes de su responsabilidad, o tiene que preservar a los suyos mediante una inspiración especial del Espíritu Santo. De lo contrario, no hay remedio que valga, y todo está perdido. Y sin embargo, la cristiandad aguantó y superó también este período lleno de perjuicios y peligros, de modo que subsiste hasta el día de hoy. Gracias a la palabra de Dios y al esfuerzo de predicadores fieles a ella, se conservó nuestra fe y confesión de que Jesucristo es verdadero Dios, engendrado del Padre en la eternidad, y también verdadero hombre, nacido de la Virgen María en el tiempo de este mundo.)

3. La tentación de la iglesia por parte del diablo "divino". El poder y la gloria seducen a la iglesia a la desobediencia.

Al fin, cuando el diablo ya no podía ocultarse detrás de esta máscara por resultar demasiado reconocible, apela en estos últimos tiempos a un medio extremo, robusteciendo, desde hace algunos siglos, la posición del anticristo y del imperio anticristiano. Así es como tenemos que interpretar sus palabras: "Todo esto te daré, si postrado me adorares". Con esto, Satanás llega al colmo de la presunción, arrogándose plenipotencia divina. Ya no se viene con palabras de Dios, las Escrituras ya no le interesan, sólo se dedica a echar mentiras como ésta: "Toda la gloria que ves, a mí me ha sido entregada" (Lucas 4:6). Lanza una promesa inaudita: "Todo esto te daré", pero con una condición: "si postrado me adorares". Sobre esto se basa ahora el gran prestigio y la paz de la iglesia con que tanto alardean. Aquí, el que habla ya no es el diablo en forma humana ni el diablo en forma de ángel de luz, sino lisa y llanamente el diablo divino, que quiere ser adorado. Se levanta por encima de Dios, es decir, contra la palabra de Dios y lo que es objeto de culto, como leemos en los escritos de Daniel y de Pablo.

La iglesia papal sucumbió completamente ante esta tentación.

Así, el diablo dispuso que se invocara a la Virgen María y a los santos, y los hizo nuestros intercesores. Niega por una parte que Cristo es el Único que nos justifica, y por otra parte hace del Cristo Mediador un Cristo Juez. Enseña a los hombres a confiar en una presunta justicia humana, en reglas monacales, en obras e indulgencias. Pervierte el evangelio y el uso de los sacramentos. Al perdón de los pecados lo hace un objeto de burlas, hasta el extremo de atreverse a afirmar que el mero hacerse sepultar envuelto en un hábito monacal, le asegura, a uno la remisión de los pecados. Igualmente quiere hacer creer a la gente que la contrición, confesión y

satisfacción que ellos deben hacer, es ya de por sí el perdón de los pecados, etcétera, ¡Y qué abominación más grande son las misas, etcétera! Todo esto no sólo lo practican, cual si fuera lo más importante en materia de religión, en oposición a los preceptos de Dios y el evangelio de Cristo, sino que incluso lo enseñan al pueblo cristiano, sin respeto alguno hacia la santidad de Dios y lo que nos dice nuestra fe. ¿Cómo es posible todo esto? Es posible a causa de la promesa: "Todo esto te daré". Esto significa: Yo, Satanás, el señor del mundo, estaré también contigo y te daré el dominio sobre todos los bienes que el mundo puede ofrecer. La única condición que te pongo es: Enseña hipócritamente lo que es mentira, y deja a un lado la fe. Tu dios sea el vientre, y seas objeto de la más esplendorosa gloria. Haz decretos y estatutos y reglas monásticas que atentan contra los mandamientos de Dios, contra el evangelio y la fe, y di: "¡Esto es palabra de Dios y obediencia a la iglesia!". Afirma sin ningún escrúpulo: "Aquí está la iglesia", por más evidente que sea la condenación y persecución de que se hace objeto a la palabra e iglesia de Dios. Haz el intento de arrebatarle a Cristo su reino y su sacerdocio, y de arrogártelos tú mismo, para que bajo su nombre puedas seducir y oprimir a los cristianos. En esta forma me adorarás a mí, y yo te daré una magnífica recompensa: honores y riquezas, y supremacía sobre emperadores, reyes y toda otra potestad en la tierra, y además la fama de ser una iglesia llena de justicia y santidad, de modo que aun el último de tus monjes será temido por los personajes más sabios y poderosos. Aquellos a quienes tú les concedas el privilegio de admitirlos, habrán de prosperar, gozar de abundancia y ser tenidos por santos; en cambio habrán de perecer aquellos a quienes tú condenes. Escudado por tales baluartes me adorarás como al "dios de las fortalezas", es decir, como a aquel que te protegerá contra todas las fortalezas que te ofrecen resistencia. Me rendirás empero piadoso culto adorando el oro y la plata, el poder y la magnificencia. Pues yo soy el dios de los bienes de esta índole, y estoy dispuesto a dártelos. Y una vez que yo sea el dios tuyo, ya no necesitarás la palabra de Dios, a no ser que quieras abusar de ella a favor del "dios de las fortalezas". ¡Ah, qué bien suena todo esto!

La iglesia se defiende contra esta tentación por medio del evangelio.

¡Hemos sufrido una caída verdaderamente espantosa! ¿O acaso no significa adorar a Satanás y apostatar de Dios si los hombres tienen al diablo por santo, si ensalzan y defienden las enseñanzas de los demonios, si atribuyen a estas enseñanzas el carácter de doctrinas concordantes con la doctrina de las Escrituras, si tratan de imponerlas con manejos hipócritas y por la fuerza de las armas, cuando estos mismos hombres en realidad corrompen la palabra de Dios, blasfeman de ella, la niegan y la persiguen? ¿No significa esto derribar a Dios de su trono y colocar a Satanás en su lugar? Pablo dice que "en ' los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios, por la hipocresía de mentirosos que tienen cauterizada la conciencia" (1ª Timoteo 4: 1, 2). Este horror, nuestra madre la iglesia ha tenido que soportarlo; pero tenemos la esperanza de que lo dicho en nuestro Evangelio de hoy pondrá fin a este estado de cosas. Pues lo que Cristo dice al diablo: "Vete, Satanás", lo dice hoy también la iglesia por medio del evangelio, ahora que el carácter del reino de Satanás ha quedado al descubierto. En las reuniones donde se predica la palabra de Cristo es herido de muerte aquel "inico" que se sienta no en las afueras del templo, sino "en el mismo templo de Dios"; lo mata el Señor "con el espíritu de la boca de Cristo", de modo que muy pronto será destruido del todo "con el resplandor de su venida". Mas ya ahora mismo, este evangelio lucha contra la adoración falsa y la falsa obediencia o culto de Dios; pues repite lo que dijo Cristo: "Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás". En este sentido profetiza también el Salmo (72:11) acerca de

Cristo: "Todos los reyes le adorarán, todas las naciones le servirán". "Adoras" a Cristo en espíritu y en verdad cuando confías en él conforme a las promesas del evangelio, y crees que por Cristo solo, Dios es tu amoroso Padre. Le "sirves" empero cuando haces y procuras lo que Dios te mandó hacer según la vocación en la cual te ha puesto, y cuando lo haces no con intención de ser declarado hombre justo, sino para la gloria de Dios y el bien de los demás. Con tal predicación, necesariamente tiene que desvanecerse en nuestro corazón la doctrina anticristiana y la confianza en ella. Nuestra esperanza es, pues, que ahora nos asiste la fe, y que los ángeles que vinieron a Jesús, se acercarán también a nosotros, mientras que el reino de las tinieblas es arrojado a lo más profundo del infierno junto con toda la impiedad de los mahometanos y de los papistas y cualquiera otra impiedad que hubiere. Amén.

www.escriturayverdad.cl

TRANSFORMADO A FORMATO DIGITAL POR
ANDRES SAN MARTIN ARRIZAGA, 15 DE FEBRERO DE 2007.